

*El Espíritu sopla donde quiere (Jn. 3, 8)*

Este superficial ensayo quisiera recordar la historia de dos hombres, uno judío y otro cristiano, que siguieron —sin conocerse— caminos paralelos en su búsqueda de Dios.

Lo han dicho varios escritores: «Yehudá el Jasid fue el San Francisco del judaísmo»<sup>194</sup>.

¿En qué sentido y en qué medida se puede verificar esta idea? Para saberlo daremos una rápida ojeada a su tiempo, a su doctrina, a su concepto de Dios, a sus similitudes y divergencias.

## **FRANCISCO Y YEHUDÁ: SU TIEMPO**

A finales del siglo XII, vivía, en los países del Rin, un joven judío, Yehudá ben Samuel ben Kalomino. A los 18 años, asombraba a toda la región con su extraordinaria destreza de Arquero. En aquel tiempo, Yehudá no tenía otra ambición que la de multiplicar sus hazañas y batir sus propios records deportivos. Pero un día, dice la leyenda, de repente una llama inmensa inundó su alma y en un resplandor de luz recibió la orden de colgar el arco y de ir predicando, de pueblo en pueblo, de judería en judería. ¿Predicar? ¿Qué? Para saberlo, Yehudá vivió largo tiempo solo en los bosques, en contacto con el sencillo y magnífico esplendor de la naturaleza. Se dice que allí aprendió el lenguaje de las ramas de los árboles que mueve el viento y el lenguaje de los pájaros que cantan al despuntar el alba y al caer el sol. Y estas voces simples le trajeron la respuesta de Dios. Volvió entre sus hermanos hebreos y el fuego de su palabra, su entusiasmo, la fuerza de persuasión, el amor a Dios y a los hombres que emanaban de su personalidad crearon el movimiento popular que fue el Jasidismo Ashkenazí o alemán.

Francisco y Yehudá eran contemporáneos. Yehudá le llevaba tal vez unos años. Ambos, jóvenes, huyeron del camino honrado que le trazaban la vida y el ambiente familiar y social, para emprender la aventura imprevisible hacia lo absoluto, al que les llamaba una voz soberana, más allá de toda lógica humana. Y Yehudá el arquero fue venerado como Yehudá el Jasid, el Piadoso, el Santo. Y Francisco, el elegante, encantador y algo extravagante hijo del rico Pietro Bernardone, llegó a ser el Poverello.

Ambos exaltaron el amor a Dios y al prójimo, la pobreza, la sencillez, la supremacía de la oración contemplativa sobre el estudio intelectual, el culto apasionado a la voluntad de Dios. Ambos hicieron que la alegría, del asombro ante las maravillas de Dios, virtudes entre los más grandes. Ambos crearon una fraternidad sencilla, fervorosa, ardiente. Cada uno, a su muerte, dejó una estela de leyendas que ilustran su vida, su enseñanza y sus milagros. Historia y leyenda se mezclan de tal manera que los historiadores no llegan a ponerse de acuerdo sobre muchos acontecimientos de su vida y de la autenticidad de las palabras que se les atribuyen. Vivieron en países muy distintos: la luminosa Umbria no se parecía en nada a la nórdica Germania, las nieblas del Rin al sol de Italia. La deslumbrante espada

<sup>193</sup> Publicado en: *El Olivo*. Documentación y Estudios para el Diálogo entre Judíos y Cristianos, VII/17, Madrid (Enero-Julio 1983), pp. 101-124.

<sup>194</sup> G. G. SCHOLEM: *Les grands courants de la mystique juive*, París, 1968, p. 97. ANDRÉ CHOURAQUI: *Histoire du judaïsme*, París 1957, página 80. YITZHAK BAER: *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid 1980, pp. 78, 213.

caballeresca de Francisco tenía otras ambiciones que el arco de Yehudá. Pero ambos conocieron duros ambientes de guerra.

## ITALIA EN EL SIGLO DE FRANCISCO

Francisco y sus primeros compañeros vivieron en un período de caos político y social. Guerras continuas y feroces entre las ciudades italianas hacían peligrosa la vida en los campos como en los pueblos. Asís y Perusa eran enemigas encarnizadas. Francisco vivió un año prisionero de guerra en las cárceles de Perusa, en 1202. El movimiento de las Comunes, el desarrollo del comercio, la incipiente industria urbana provocaron cambios sociales que amontonaron en las afueras de las ciudades, campesinos emigrados, gente desarraigada, económicamente explotada. Se incrementó la miseria con su cortejo de enfermedades, de epidemias, de hambre.

La situación de la Iglesia era grave: abusos, luchas, intrigas hasta dentro del clero y de las órdenes monásticas. Valiosos intentos de renovación no impidieron la decadencia. Se multiplicaron los movimientos laicos heréticos: valdenses, cátaros y una multitud de sectas: humillados adamitas, turlupinos, hermanos del Libre Espíritu, etc. Francisco se colocó en una situación «marginal» que la gran inteligencia de Inocencio III supo reconocer como auténtico camino cristiano, pero, como lo dice un historiador, los que admiraron y siguieron a Francisco en su tiempo no realizaron tal vez «cuanto de cerca había rozado la hoguera que quemó a algunos de los que fueron sus amigos»<sup>195</sup>.

## RENANIA EN TIEMPOS DE YEHUDÁ EL JASID

La situación de las comunidades judías alemanas era mucho más dramática aún. Cuando nació Yehudá, en las ciudades del Rin, reinaba, desde hacía un siglo, un estado de guerra santa fanática contra los judíos. Era el tiempo de las Cruzadas. Las crónicas judías y cristianas contienen centenas de alusiones a la violenta persecución que provocó la predicación de las Cruzadas, contra las juderías de Inglaterra, Francia y Alemania. Hubo matanzas horribles en York, Troyes, Rouen, Espire, Worms, Maguncia, Colonia y muchas otras ciudades. La razón es doble. Por una parte, la razón que nos da el cronista cristiano Guibert de Nogent, al relatar lo que ocurrió en Rouen a principio de la primera cruzada:

Los que habían hecho el juramento de participar en la cruzada empezaron a quejarse diciendo: «Queremos luchar contra los enemigos de Dios. Sí. Pero, ¿por qué ir a Oriente? ¿Por qué recorrer tan largo camino, cuando tenemos ante nuestros ojos a esos judíos pueblo más enemigo de Dios que cualquier otro pueblo, ya que mataron a Cristo? Es tomar las cosas al revés». Dicho eso, empezaron a tomar las armas, empujaron a los judíos en la iglesia y los degollaron sin tomar en cuenta ni la edad ni el sexo. Sin embargo, los que quisieron someterse a la fe cristiana escaparon de la Espada<sup>196</sup>.

Escenas parecidas se renovaron en cada cruzada con más o menos violencia. Al predicar la segunda cruzada, San Bernardo reprochaba duramente a los que excitaban al odio contra los judíos llamando este odio: «doctrina monstruosa», «sabiduría del infierno», «la más inmundada de las herejías». Muchas comunidades judías recibieron el amparo de los obispos y de los castillos.

Las persecuciones contra los judíos tenían otra razón. Se sabe que a los cruzados verdaderamente cristianos, se juntó un torrente de aventureros, inadaptados, bandidos de toda clase, que arrastraban incluso a sus mujeres y niños.

<sup>195</sup> Citado R. NEAL ROSE, *SIDIC* Vol. 15, núm. 3 (Roma 1983), p. 6.

<sup>196</sup> B. BLUMENKRANZ: *Juifs et chrétiens dans le monde occidental*, Concilium, 150, p. 57-64.

Hambrientos, saqueaban a su paso lo que encontraban, con preferencia las casas de los judíos, matando a familias enteras, alegando la misma razón que los de Rouen: han matado a Cristo. El historiador Michelet recuerda que «no se mueve a las masas humanas sin que se mezcle lo peor a lo mejor»<sup>197</sup>. Se dice que, entre mayo y julio de 1096, murieron 12.000 judíos en las ciudades del Rin.

Cuando Yehudá empezó su predicación, se encontró ante unas comunidades judías diezmadas, arruinadas, privadas de maestros que les hablaran un lenguaje a su alcance. La enseñanza de los rabinos supervivientes se había hecho rígida, cerrada, incomprensible. Yehudá hablaba a las gentes descorazonadas el dialecto popular alemán, como Francisco emplearía el de su país de Umbria. Ambos enseñaban cosas sencillas, y que, sin embargo, llenaban las exigencias de los corazones sedientos de Dios. El Dios que habían creído lejos, Yehudá decía que estaba:

«más lejos que el cielo de los cielos, pero más cerca de cada uno que su propia carne»<sup>198</sup>

y la gente lo escuchaba y ardía.

## LA DOCTRINA DE SAN FRANCISCO Y LA DE YEHUDÁ EL JASID

Yehudá el Jasid pertenecía a una antigua familia judía de origen italiano: los Kalominos. El emperador Carlos —Carlomagno o Carlos el Calvo— les llamó desde Lucca hasta Renania para que dieran un impulso dinámico al comercio y a la cultura muy atrasados ambos en Germania. De hecho, los Kalominos fundaron escuelas talmúdicas de gran alcance, fueron los maestros de Rashi de Troyes, el famoso comentarista de la Tora cuyas obras acompañan aún hoy día toda edición del Talmud. El padre de Yehudá, Samuel ben Kalomino, escribió varios tratados místicos; su primo, Eleazar de Worms, autor de libros ascéticos y místicos, fue el que recopiló la enseñanza de Yehudá después de la muerte de éste. Esta recopilación consta de dos libros: el Seder Jasidim —el Libro de los Piadosos— y el Sefer Hakavod—, el Libro de la Gloria. Los dos libros dejaron hondas huellas en el judaísmo. Recuerdan en varios aspectos la literatura escrita sobre San Francisco por sus primeros discípulos: las Biografías, las Leyendas y las Florecillas.

En realidad, Yehudá no inventó ninguna doctrina nueva. Supo dar nueva vida a la doctrina antiquísima de las Escrituras, llevándola a niveles insospechados hasta él en Renania. Francisco dio del Evangelio más puro unas interpretaciones tan radicales que parecieron nuevas.

Durante las primeras cruzadas, un gran número de judíos habían sacrificado su vida para no renegar de su fe. ¿De dónde habían sacado tal coraje y tal firmeza? El Sefer Jasidim contesta a esta pregunta con innumerables historietas, que dan un relieve impresionante a la doctrina del KIDDUSH HASHEM, la «santificación del Nombre (de Dios)». ¿Qué significa «santificar el Nombre»?

## EL KIDDUSH HASHEM Y EL MARTIRIO

Decía Yehudá:

El Kiddush Hashem es una gloria por la que ha nacido todo judío<sup>199</sup>.

¿En qué consiste esta gloria? En su manifestación suprema, es el martirio. En la Edad Media, que fue tan cruel para las comunidades judías de Europa, el Kiddush

<sup>197</sup> Citado DANIEL ROPS: *L'Eglise de la cathédrale et de la Croizade*, París, 1952, p. 546.

<sup>198</sup> *Sefer Jasidim*.

<sup>199</sup> *Sefer Jasidim*.

Hashem aparecía a los judíos, en su mayoría, como la única manera de protestar contra la violencia de los que querían impedirles de proclamar la verdad de su fe. Según el Sefer Jasidim, pensaban que, en aquel ambiente de guerra santa, la gloria del Señor y el honor de su fe serían humillados si no daban abierta y públicamente una proclamación de su amor a Dios, de manera caballeresca. Dice el Sefer Jasidim:

Los caballeros cristianos que van a la guerra exponen su vida sin pensar a la recompensa. Es su obligación de caballeros de luchar para el honor del que los manda.

Los judíos querían imitarlos en su actitud frente a Dios. Se dice que un jasid, Anmon de Maguncia, que murió víctima de una matanza en tiempos de Yehudá, gritaba a Dios:

Lo que quiero, no es tu Cielo,  
Lo que quiero, no es tu recompensa.  
Lo que quiero es tú mismo, sólo Tú.

Lo que recuerda el famoso soneto atribuido a la vez a San Francisco y a Santa Teresa:

No me mueve, Señor, para quererte  
el cielo que me tienes prometido...  
Aunque no hubiera cielo  
Yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno,  
Yo te temiera.

Para mejor proclamar el honor de su Dios y de su fe, muchos querían dar su vida en la alegría. Dice una crónica:

Pidieron a los verdugos que se alquilaran músicos para tocar cantos de baile, de manera que entraran en presencia de Dios cantando. Cogidos de mano, hombres y mujeres bailaron alrededor de la fosa en que ya ardía la leña. Cantando y bailando entraron en la hoguera. Los verdugos no oyeron ni un grito ni un gemido.

Dice el «Canto de los niños quemados»:

Quemaron a dos hermanos, un pequeño y un mayor.  
El pequeñín tiene miedo al fuego que lo coge:  
¡Ay de mí! ¡que vivo me quemo!  
El mayor le dice:  
Ahora mismo, te lo prometo,  
Al paraíso vas recto.

Dice otro poema:

De una sola voz, todos juntos cantaban  
alto y claro,  
como gente que va de fiesta,  
como quien se va a bailar.  
Bailar no podían:  
iban atados de pies y de manos.  
Pero nunca se vio a gente irse con más alegría:  
a la hoguera iban<sup>200</sup>.

---

<sup>200</sup> *Les grandes questions juives*. París, 1965 p. 101.

Francisco hubiera cantado él también si hubiera conseguido morir mártir. Lo deseaba con fervor. Dos veces trató de ir «a tierra de sarracenos». Dice San Buenaventura:

Enfervorizado en el incendio de la caridad, se esforzaba por emular el glorioso triunfo de los santos mártires, en quienes ni nadie ni nada pudo extinguir la llama de amor. Inflamado, pues, en esa caridad perfecta que arroja de sí todo miedo, deseaba ofrecerse él mismo en persona —mediante el martirio— como hostia viva al Señor, para corresponder al amor de Cristo y para incitar a los demás al amor divino<sup>201</sup>.

El tercer intento llevó a Francisco, en plena cruzada —la quinta— frente al sultán Melek-el-Kamel, durante el asedio de Damietta. Pero, Francisco no quería morir como cruzado, no como guerrero, sino como cristiano, como «heraldo de Cristo». Tenía la persuasión de que su muerte hubiera dado a los sarracenos un testimonio radical y convincente de la verdad de su fe. Pero el sultán conocía a los hombres. Venía el Poverello con tanta humildad, tanta sencillez, tan desprovisto de todo triunfalismo bélico, que, en lugar de un verdugo, Francisco encontró en Melek-el-Kamel, un amigo. Y éste defraudó el deseo de martirio de Francisco. Más tarde, pensándolo más profundamente, Francisco recomendaba a sus frailes, que tendrían la vocación de ir entre los infieles, de evitar toda polémica, toda discusión y de dar testimonio de obra y palabra. El fraile se presentará como confesor de la fe, en una actitud de servicio y de humildad. El martirio no debe provocarse; es un don que Dios otorga a quien quiere. Este martirio que buscaba Francisco entre los infieles, lo encontrará entre sus frailes, en la enfermedad, la obediencia, la contradicción.

El problema de la muerte voluntaria en caso de que fuera amenazada la fe, por la violencia o la coacción, lo discutieron muchos rabinos, entre ellos Maimónides. Es cierto que durante las Cruzadas, hubo no pocos casos de sacrificios colectivos. Mil años antes, los defensores de Masada les habían dado un ejemplo impresionante. Lo cuenta Flavio Josefo. Al ver que no podían resistir más tiempo al sitio de los romanos:

«los maridos abrazaron tiernamente a sus esposas y cogieron en brazos a sus hijos y les dieron los más prolongados besos de despedida con lágrimas en los ojos... Luego escogieron por sorteo a diez hombres para que mataran a los demás... Cuando esos hombres hubieron matado a todos, siguieron la misma regla para echar la suerte entre ellos...»<sup>202</sup>.

Sacrificios parecidos tuvieron lugar en los siglos XI, XII y XIII. En York, al asaltar la torre donde se habían refugiado los judíos, los verdugos encontraron 195 muertos, hombres, mujeres y niños que habían preferido la muerte al peligro de renegar de su fe, si cayeran en mano de los cristianos. Un Kalomino, de la familia de Yehudá el Jasid, acosado por los cruzados en una iglesia de Resensburgo, mató a su hijo y se presentó a los asesinos que lo traspasaron con sus espadas. Las crónicas jasídicas relatan esos suicidios no como ejemplares de desesperación, sino como la creencia de que los judíos habían elegido la muerte en honor al Kiddush Hashem y para que las generaciones siguientes pudieran seguir viviendo su religión con orgullo.

Así, según un historiador judío, por una ironía de la historia, la gesta de los cruzados cristianos y el sacrificio cruento de los judíos, llegaron a ser ambas expresiones de una guerra santa para la «santificación del Nombre»<sup>203</sup>.

## EL KIDDUSH HASHEM Y LA VOLUNTAD DE DIOS

<sup>201</sup> *Leyenda Mayor*. San Francisco de Asís, 1980, p. 438.

<sup>202</sup> FLAVIO JOSEFO: *La guerra judía*.

<sup>203</sup> *Enciclopedia judía*. h. v. Kiddush Hashem.

El fervor de los jasidim hacia el Kiddush Hashem se basaba en el versículo del Levítico 22, 32, que llamaban «una Tora en miniatura»:

No profanaréis mi Santo Nombre, para que sea santificado entre los hijos de Israel: Yo, el Eterno, que os santifico.

y sobre el versículo 23 del Salmo 44 que reza:

Por Ti se nos mata todo el día,  
como ovejas de matadero se nos trata.

Pregunta Yehudá:

¿Cómo es posible ser matado todo el día? Y contesta: Sí, es posible, porque cuando uno toma sobre sí santificar el Nombre, a cada momento del día, cumpliendo las mitsvot (los mandamientos), Dios lo considera como si fuera sacrificado cada vez como lo eran los corderos en el Templo<sup>204</sup>.

El Kiddush Hashem tenía también una resonancia litúrgica. Los jasidim consideraban «tomar sobre sí la santificación del Nombre». El rezo del Kadish, que es tal vez la más antigua de las fórmulas litúrgicas. El Kadish es una declaración de aceptar el martirio si fuera necesario, pero ante todo de cumplir la voluntad de Dios, expresada en los mandamientos:

Enaltecido y santificado sea su gran Nombre en todo el mundo.

lo que Jesús recogió y glosó:

Padre nuestro que estás en los cielos,  
santificado sea tu Nombre,  
venga a nosotros tu Reino,  
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

También el rezo del Shema:

Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno. Bendito sea su Nombre. Su gloriosa Majestad es eterna. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.

El rezo de la Amida, una de las plegarias cumbres del oficio sinagoga:

Bendito seas Tú, y santificado sea tu Nombre.

La Kedusha, el canto de los ángeles que la liturgia cristiana insertó en el momento de más entusiasmo de la Eucaristía:

Santo, Santo, Santo es el Señor del Universo, llena está toda la tierra de su gloria.

Así el Kiddush Hashem tuvo un papel central en la historia judía a la vez bajo las formas de sacrificio cruento por el martirio, expresión litúrgica y fidelidad cotidiana a la identidad judía a lo largo de toda la vida.

San Francisco no podía tener otra concepción del cumplimiento de la voluntad de Dios. Ante el fracaso de su intento de conseguir el martirio de mano de los

---

<sup>204</sup> *Sefer Jasidim*.

sarracenos, comprendió que todos tienen a su alcance otra manera de santificar el Nombre de Dios: el cumplimiento alegre y fervoroso de la voluntad de Dios. Dice su primer biógrafo, Celano:

A un hermano que le preguntaba si toleraba más a gusto esta larga y continua enfermedad que un violento martirio de mano de un verdugo cualquiera, le respondió: «Hijo mío, para mí lo más querido, lo más dulce, lo más grato ha sido siempre y ahora lo es, que se haga en mí y de mí lo que sea del agrado de Dios. Sólo quiero estar en todo de acuerdo con su voluntad y obedecer a ella»<sup>205</sup>.

Cuando se le había manifestado una voluntad de Dios:

Caminaba con tal fervor a cumplir el mandato divino y corría tan apresuradamente, cual si hubiera sido revestido de una nueva fuerza celestial<sup>206</sup>.

Esta voluntad de Dios, Francisco y Yehudá la buscaban con métodos que a veces nos extrañan. Ya hemos visto que fue en lenguaje de pájaros que Yehudá entendió el mensaje que hizo de él un predicador itinerante. Algo parecido ocurrió a Francisco cuando se planteó para él y sus compañeros la cuestión de si era la voluntad de Dios que aceptaran de Messer Orlando la donación del monte Alverno:

Se puso San Francisco a observar el paisaje, y en esto, se vio venir una gran multitud de pájaros de todas clases, que con sus trinos y batir de alas manifestaban todos gran fiesta y alegría; rodearon a San Francisco, y unos se posaron sobre su cabeza; otros sobre los hombros, otros en los brazos, otros en el regazo, y otros en el suelo a los pies. San Francisco, rebosante de alegría espiritual, dijo: Yo creo que a Nuestro Señor Jesucristo le agrada que nos moremos en este monte solitario, ya que tanta alegría muestran, por nuestra llegada, nuestros hermanos los pájaros<sup>207</sup>.

Los rabinos del Zohar solían emplear los pájaros como mensajeros. En la sección Balak, en particular los rabinos charlan con los pájaros que han venido a extender sus alas sobre ellos para hacerles sombra: les hacen encargos, y reciben las contestaciones divinas:

Pájaros, pájaros, seguid vuestro camino y decidle...». «Valiente paloma tú que eres siempre mensajera fiel, ve y dile...

Pero tienen cuidado de no cansar a los pájaros:

Mucho trabajo tuvieron estos pájaros y no queremos fatigar a las criaturas vivientes, pues está escrito: «Y Su compasión cubre todas sus obras» (Sal, 145).

Yehudá llamaba el sueño «la profecía menor». Los sueños en los que le aparecía el ángel Gabriel o el profeta Elías eran «los sueños de la rectitud»<sup>208</sup>. El profeta Elías tiene un papel destacado en los cuentos del Sefer Jasidim. Se dice que solía compartir con Yehudá la cena del Seder y acompañarle a la sinagoga. Francisco veneraba especialmente al arcángel Miguel, «que tiene el encargo de conducir las almas a Dios».

## EL KIDDUSH HASHEM Y LA ALEGRÍA

---

<sup>205</sup> *San Francisco de Asís*, p. 304.

<sup>206</sup> *Ibidem*, p. 456.

<sup>207</sup> *Ibidem*, p. 900.

<sup>208</sup> *Sefer Jasidim*.

Una vez conocida la voluntad de Dios, Francisco la acoge, según sus biógrafos, «saltando de gozo», «rebotante de alegría», «lleno, colmado de alegría». Fue el santo de la alegría. Le gustaba expresar su alegría con cantos.

Cubierto de andrajos el que tiempo atrás vestía de escarlata, marchaba por el bosque cantando en lengua francesa alabanzas al Señor... La melodía espiritual que le bullía en el interior la expresaba al exterior en francés... en jubilosas canciones en francés. A veces tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita curva con una cuerda de extremo a extremo, que movía sobre el palo como sobre una viola; y ejecutando a todo eso ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés<sup>209</sup>.

Probablemente no era exactamente en francés, sino en la sonora lengua de oc, tan parecida al catalán, la lengua de su madre, Dama Pica de Tarascón y la lengua de los trovadores. Francisco, que se había despojado de tantas cosas, nunca llegó a perder su temperamento de trovador. Fueron alegres compañeros, Francisco y sus frailes. El canto llama la danza. Había bailado mucho Francisco en su bulliciosa juventud. Las leyendas no lo dicen, pero seguro que bailaron los primeros franciscanos, como lo hacían, a orilla del Rin, los jasidim de Yehudá.

Decía Eleazar de Worms:

Cuando el hombre se regocija por haber sido llamado a servir a Dios, atrae sobre sí la alegría divina y la bendición se derrama a través de su alegría sobre toda la creación... En toda circunstancia, el alma debe arder de entusiasmo, es la hitlavut, en la cual el ardor inflama el alma de alegría, porque toda la creación es de Dios<sup>210</sup>.

También decía:

Aunque estoy lleno de pecados, sin embargo rebozo de alegría, porque he sido llamado y creado para servir al Rey de Gloria<sup>211</sup>.

En este contexto, poco importa para el jasid las razones de los mandamientos, poco importa las consecuencias que tendrán estos mandamientos en la vida práctica. Lo cierto es que Dios elige unos actos que representan su voluntad. No toca al hombre saber por qué, lo importante es que el hombre los cumpla con todo su corazón y que ponga su alegría en hacer la voluntad de su Creador cualquiera que sea esta voluntad.

Francisco, como los jasidim, sabía cantar su amor a Dios hasta en medio del sufrimiento y de la vida más difícil. Cuenta la Leyenda de los tres Compañeros de San Francisco:

Tuvieron que pasar hambre y sed y frío y desnudez y otras indecibles tribulaciones y angustias. Y jamás manifestaban tristeza ni turbación, sino al contrario, se alegraban hondamente en el Señor y miraban como motivos de gozo las pruebas y tribulaciones que se les presentaban<sup>212</sup>.

Dice el Sefer Jasidim:

Si te faltan los medios de subsistencia, recuerda que tienes que ser agradecido y lleno de alegría por el solo privilegio de respirar. El sufrimiento es una ocasión de dar una prueba de amor a tu Señor. Y es una preparación para una cosa mejor<sup>213</sup>.

---

<sup>209</sup> *San Francisco de Asís*, p. 304.

<sup>210</sup> *Sod haTefitot*.

<sup>211</sup> *Ibidem*.

<sup>212</sup> *San Francisco de Asís*, p. 554.

<sup>213</sup> *Sefer Jasidim*.



Eleazar de Worms, el que recopilaba esta sentencia de Yehudá, sabía lo que era el sufrimiento. La crónica cuenta que, mientras estaba un día en la Casa de Estudios trabajando a un comentario del Génesis, dos cruzados entraron en la casa donde se encontraba su familia. Mataron a Dulcina su esposa, a Belta y Hannah sus hijas y a Jacob su hijo.

Los jasidim, como Francisco y sus compañeros, se regocijaban en la penitencia como si fuera recompensa. Sus leyendas cuentan mortificaciones parecidas: se sumergían en la nieve o el hielo en invierno, se exponían a las pulgas, las hormigas, las abejas, los ratones en verano. Contestaba un jasid a un discípulo que le preguntaba la razón de sus tremendas penitencias:

Es verdad que no he cometido pecados graves, aunque sí ligeros. Y no creo que por ellos tendría que someterme a tales torturas. Pero escrito está en el Midrash que el Mesías padeció por nuestros pecados como lo dice Isaías: «Ha sido herido por nuestras transgresiones» (53, 5). Y los que sirven verdaderamente a Dios toman sobre sí mismos los sufrimientos merecidos por su generación<sup>214</sup>.

El Midrash del que se habla es una tradición judía tardía que enseña que el Mesías está ya en el mundo, entre los pobres y los leprosos de la puerta de Roma, esperando la orden de manifestarse.

Francisco no hubiera hablado diferentemente que el jasid este. Y se sometió a una penitencia tal que mereció una regañada de Cristo en un diálogo célebre: le habría dicho el Cristo crucificado de San Damián:

Estás loco, Francisco. A lo que habría contestado Francisco: «No tanto como Vos, Señor».

Parece que la santidad no había hecho perder a San Francisco cierta picardía incluso con su Señor.

Con la experiencia, Francisco, como Yehudá, comprendió la necesidad de la discreción en materia de mortificación y puso sus discípulos en guardia contra las exageraciones de esta clase. Dice Francisco:

Es el mismo pecado negar sin discreción al cuerpo lo que necesita y darle por gula lo superfluo... Quiero y os ordeno que cada uno, teniendo en cuenta nuestra pobreza, satisfaga a su cuerpo según le fuere necesario<sup>215</sup>.

Cuenta un cabalista del siglo XIV:

Un jasid alemán que no era un sabio, sino un hombre sencillo y honrado, borró por inadvertencia la tinta de un pergamino que contenía el Nombre de Dios. Cuando supo que había pecado contra el honor debido al Nombre de Dios, ¿qué hizo? Cada día, a la hora de la oración, cuando la asamblea entraba o salía de la sinagoga, se tendía en el umbral para que todos pasaran sobre él; y si uno lo pisaba, se regocijaba y daba gracias a Dios<sup>216</sup>.

Este ejemplo se refiere al respeto debido al Nombre de Dios escrito y este respeto no se limita a las palabras solamente, sino incluso a las mismas letras hebreas que el judaísmo considera como sagradas. Su origen es divino, ya que Dios se sirvió de ellas para revelarse en la Escritura, y también para crear el mundo. La Cábala confiere a las letras un poder divino e incluso mágico. Este tema fue desarrollándose de tal manera en las especulaciones de los cabalistas de España que

---

<sup>214</sup> *Ibidem*.

<sup>215</sup> *San Francisco de Asís*, p. 616.

<sup>216</sup> *Sefer Meirat Einaim*.

vino a ser una de las ideas maestras de sus obras. Es curioso encontrar en las leyendas franciscanas un respeto similar por las letras:

Donde quiera se encontrase un escrito, divino o humano, en el camino, en caso o en el suelo, lo recogía con grandísimo respeto y lo colocaba en lugar sagrado y decorosos en atención a que pudiera estar escrito en él el Nombre del Señor. Como un religioso le preguntaba para qué recogía con tanta diligencia también los escritos de los paganos y aquellos que no contenían el Nombre del Señor, respondió: Hijo mío, porque en ellos hay letras con las que se compone el gloriosísimo Nombre del Señor... Y cosa no menos de admirar —sigue la leyenda— cuando hacía escribir algunas cartas de saludo o de exhortación, no toleraba que se borrara una letra o sílaba, así fuera superflua o impropia<sup>217</sup>.

En tiempo de Francisco, no se había inventado la imprenta y el suelo no estaba tapizado de papeluchos como lo son las calles de nuestras ciudades.

La misma recomendación Francisco la renueva en su Testamento y en varias de sus Cartas. ¿De dónde sacó Francisco esta veneración por las sencillas letras, veneración que extrañaba a sus frailes? Unos historiadores aluden a un posible origen judío de Francisco por su madre, la tarasconesa. En el siglo XII, vivía en Tarascon, no lejos de Aviñón, una activa comunidad judía. Residía alrededor de la «Carrière des Baptêmes». Hubiera habido contactos entre Pietro Bernardone y los mercaderes judíos del sur de Francia. Muchos de ellos comerciantes en tejidos como el padre de Francisco. Pero esta hipótesis no encuentra hasta ahora prueba histórica alguna.

## EL KIDDUSH HA-SHEM Y LA LIBERTAD

Para un talmudista, la cumbre de la piedad se encuentra en el estudio de la Ley. Los jasidim dan la mayor importancia a la oración que conduce a la unión con Dios. Toda la doctrina de Yehudá tiene por meta favorecer al máximo el encuentro del alma con su Creador. De aquí, como en la concepción de Francisco, la importancia de la pobreza que procura la libertad del corazón y le permite volar hacia Dios sin impedimento. Varios siglos más tarde lo diría San Juan de la Cruz:

Porque eso me dé que un ave esté asido a un hilo delgado que a un grueso; porque aunque sea delgado, tan asido se estará a él como al grueso en tanto -que no le quebrase para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero por fácil que es, si no le quiebra no volará<sup>218</sup>.

Francisco llevó el concepto de la pobreza a límites extremos y cantó a su Dama Pobreza con palabras inigualables. Los jasidim no fueron tan lejos y por lo menos parece que les faltaron poetas para expresar lo que tal vez sentían también. No parece tampoco que Yehudá haya preconizado nunca el dejar su familia para vivir de la vida de los pobres entre los mismos pobres, como lo hizo Francisco. Las anécdotas del Sefer Jasidim hablan más de la generosidad hacia los pobres que de compartir voluntariamente su vida. Son muchas las historietas que oponen el rico malo al pobre bueno. Elías, vestido de peregrino, llama a la puerta del rico que lo rechaza, mientras que el pobre lo recibe lo mejor que puede y su recompensa es magnífica. Dice un cuento con visible ironía:

Murió una vez un pobre y llegó a la puerta del cielo. Pero al mismo tiempo vino allá un hombre que había sido muy rico y que también quería entrar en el cielo. Un ángel se acercó con las llaves e hizo pasar al rico, sin mirar siquiera al pobre y cerró la puerta. Entonces el pobre oyó cómo estaba recibido el rico con gran regocijo y cómo se tocaba música y se can-

<sup>217</sup> *San Francisco de Asís*, p. 191.

<sup>218</sup> San Juan de la Cruz, *La subida al monte Carmelo*, L. I, cap. XI, número 4.

taba. Por fin se hizo el silencio. Volvió el ángel, abrió la puerta e hizo pasar al pobre. Este pensaba que se le tocaría música y se cantaría como para el rico. Pero se encontró con el silencio. Se le recibió con gran cariño, los ángeles lo rodearon muy contentos al verlo. Pero de música nada y nada de cantos. Preguntó el pobre: ¿Así que en el cielo también hay discriminación entre los ricos y los pobres? Le contestaron los ángeles: No. No es así: tú eres tan querido como los ricos y gozarás del cielo igual que ellos. Pero, mira, tienes que comprender: pobres como tú llegan al cielo centenares todos los días; mientras que un rico como aquél, nos llega a penas uno cada cien años»<sup>219</sup>.

Decía el Sefer Jasidim:

Los pobres son el pueblo de Dios. Encontrar a un pobre es un regalo del cielo. No desprecies a nadie. Sé atento a honrar al pobre y que tu corazón esté cerca de él. Dale en secreto y no públicamente. Dale de comer en tu casa y no lo mires cuando come: está hambriento y tal vez se eche sobre la comida. Que no se avergüence<sup>220</sup>.

Las leyendas de Francisco cuentan delicadezas similares del santo con los pobres, los enfermos, los hambrientos.

Ambos subrayan la necesidad de la indiferencia a la alabanza y al desprecio para el que quiere conseguir la libertad espiritual que conduce a la unión con Dios. Cuentos parecidos al siguiente se encuentran en la literatura jasídica, los ejemplos monásticos cristianos, el libro del gran pensador judío español Bahya ibn Paquda, que parece haberlo cogido de la mística árabe:

Un hombre que quería recibir la gracia de la unión con Dios se fue hacia un jasid y le pidió ser admitido entre sus discípulos. Le dijo el maestro: Hijo mío, tu deseo es admirable, pero, ¿tienes la serenidad? Contestó el discípulo: Para decir la verdad, experimento satisfacción cuando me alaban y pena cuando me insultan, pero no soy vindicativo y no tengo rencor. Le dijo el maestro: Hijo mío, vuélvete a tu casa. Mientras sientas el aguijón del insulto, no habrás alcanzado el estado de ánimo necesario para fijar tus pensamientos en Dios<sup>221</sup>.

Las Florecillas nos cuentan de manera encantadora la alegría de la liberación interior:

Iba una vez San Francisco con el hermano León de Perusa a Santa María de los Ángeles en tiempo de invierno... y le habló así: Si, cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles... y que el portero se niega a abrirnos; si nosotros, obligados por el hambre y el frío de la noche, volvemos a llamar, suplicando entre llantos, por el amor de Dios, que se nos abra y nos permita entrar, y si él más enfurecido dice: «¡Vaya con estos pesados indeseables! Yo les voy a dar su merecido». Y sale fuera con un palo nudoso, nos coge por la capucha y nos tira a tierra, y nos arrastra por la nieve, y nos apalea con todos los nudos de aquel palo; si todo eso lo soportamos con paciencia y con gozo, acordándonos de los padecimientos de Cristo bendito... ¡oh Fray León! Escribe que aquí hay la alegría Perfecta»<sup>222</sup>.

Francisco y los jasidim se habían despojado de todo hilo, de todo peso, y podían subir hacia su Creador por la oración, llevando con ellos la alabanza de la creación entera.

## EL DIOS DE FRANCISCO Y EL DIOS DE YEHUDÁ

---

<sup>219</sup> *Sefer Jasidim*.

<sup>220</sup> *Ibidem*.

<sup>221</sup> *Sefer hasidim*; Bahya ibn Paquda, *Deberes de los corazones*, V. 5.

<sup>222</sup> *Francisco de Asís*, p. 815.

El Dios de Francisco y el Dios de Yehudá es el Dios de la Escritura, el mismo Dios, el único, el Creador del Universo. No cabe duda de que Yehudá tenía de la Biblia un conocimiento mucho mayor que Francisco. Había podido leer los textos integralmente y en hebreo bajo la dirección de su padre, Samuel ben Kalomino, un maestro famoso. Es, pues, totalmente inverosímil la leyenda que quiere que, a los 18 años, cuando oyó la llamada divina, Yehudá ni siquiera se sabía las meras fórmulas de las oraciones diarias. Francisco conoció algunos pasajes del A. T., leídos a través de traducciones o aprendidos de oído en las homilías de los predicadores de su tiempo. Pero lo que se sabía era el Evangelio que le hablaba de Cristo, su Maestro. Francisco conoció a Dios a través de Cristo. Yehudá lo conoció a través de dos tradiciones: la talmúdica y la mística del extraño libro del Sefer Yeshira. Ambos conocieron a Dios por haberlo visto por «los ojos del corazón», como lo decía el gran poeta judío español Yehudá Halevi.

## EL DIOS DE YEHUDA

El Sefer Jasidim, atribuido a Yehudá, era una ética. La literatura de los místicos judíos del siglo XIII es mucho menos abstracta que las literaturas cabalísticas de España. Considera menos los principios que las situaciones concretas. El Sefer Jasidim consta de unos 2.000 pasajes cortos, relacionados con la vida diaria. Es un libro dedicado a la gente sencilla, no a los sabios, lo que valió a Yehudá el desprecio de los talmudistas. Enseña cómo resistir a las tentaciones y evitar toda situación que pudiera conducir al pecado, como vestirse, hablar, orar, trabajar y descansar, como elegir a una esposa y seleccionar sus amigos, como armonizar las exigencias de la vida y las obligaciones de la piedad, qué ciudad es buena para un jasid y la que no le conviene, cómo tratar a los gentiles, etc.

Yehudá distingue dos concepciones de la vida: la que se encuentra en el «din Tora», la ley terrestre dada por Moisés teniendo en cuenta el instinto malo del hombre, y el «din shamayim», la ley del cielo. La primera obliga a todo judío, la segunda concierne a los que eligen el camino de los «Piadosos», y que va más allá de la Tora. Tiene similitudes con las reglas monásticas cristianas, pero nunca aconseja el abandono de la vida familiar y tampoco el celibato; al contrario, el Sefer Jasidim da la mayor importancia al mantenimiento de la vida conyugal normal y razonable.

El segundo libro que se atribuye a Yehudá es más bien una teodicea, trata de Dios, es el Libro de la Gloria, el Sefer Hakavod. Contiene los conceptos místicos de los jasidim ashkenazíes. Estos conceptos los habían traído siglos atrás de Italia los antepasados de Yehudá. Se basan en el Sefer Yeshira, el Libro de la Creación, escrito en Babilonia en el siglo III, y comentado por Saadía el Gaon en el siglo IX. Este libro llegó a España e Italia a finales del siglo IX, cuando los maestros judíos de Babilonia tuvieron que cerrar sus famosas escuelas de Oriente y emigrar hacia Europa y África del Norte. Tuvo una importancia decisiva sobre la Cabalá de Castilla, Cataluña y Provenza, así como sobre el Jasidismo alemán. Es una doctrina complicadísima. En España quedó reservada a una élite; en Renania, Yehudá y su primo Eleazar de Worms supieron darle una expresión popular que tuvo gran influencia y acogida entre las masas judías del tiempo. El movimiento que crearon duró sólo un siglo, pero tuvo repercusiones mucho más duraderas.

Para Yehudá y los suyos, Dios permanece en el misterio infinito, inabarcable de su santidad. Ningún espíritu humano puede alcanzarle. Sin embargo, esta divinidad, desde su silencio infinito, lleva el Universo, llena todas las cosas como su más profunda realidad. Yehudá distingue en Dios dos distintas glorias: una escondida, que permanece en el misterio divino; la otra, visible, la Shejiná, que Dios manda al mundo como su imagen, el reflejo de su esplendor, es la luz creada, la primera de todas las criaturas, la perfecta mediadora entre lo creado y lo increado; por ella llegan hasta

Dios las plegarias de los hombres. Vive entre los hombres, es ternura, amor, compasión, comparte el exilio de Israel, es el símbolo de que Dios no ha abandonado a su pueblo, sufre con los hombres, los pecados la afectan. Vivirá en el exilio hasta que venga el Mesías, entonces volverá a reunirse con el Santo, bendito sea. La creación contiene el reflejo de la Shejiná, de aquí el culto que tributaban los compañeros de Yehudá a los árboles, a las hierbas, a las flores, a los animales más humildes. Maltratar a un animal es una falta grave, una falta de respeto a Dios y a su gloria. No existe en el Jasidismo ashkenazí un poema comparable a la «Corona Real» del místico español del siglo XI, Schlomo ibn Gabirol, ni al «Cántico de las Criaturas» de San Francisco, pero algo parecido vibraba en el alma de aquellos hombres.

Unos siglos más tarde, los jasidim de Europa oriental, los discípulos del Nesht pensaban que «la mínima brizna de los prados merece un beso por ser obra de Dios».

Yehudá quería que, a parte de las fórmulas litúrgicas, sus discípulos hablasen a Dios con la sencillez espontánea del corazón. Los hombres incultos, las mujeres, los niños pueden rezar en su lenguaje diario y su oración llega hasta Dios como las de los más sabios. La devekut, la unión a Dios no es una contemplación intelectual, sino una emocional exaltación. Son muchas las leyendas jasídicas que alaban esta oración del corazón. Dice una:

Érase una vez un hombre que era vaquero y no sabía cómo rezar. Pero solía decir a Dios: Señor del Universo, sabes que cobro un sueldo para guardar el ganado de mi amo, pero si tuvieras Tú un ganado y me lo dieras para guardártelo. te lo aseguro, de Ti no cobraría nada, porque Te amo. Un día, pasó un sabio y oyó la oración del vaquero. Le dijo: Estás loco, no debes hablar a Dios de esta manera. El vaquero le preguntó: Dime, pues, cómo tengo que rezar. El sabio le enseñó las bendiciones, el Shema y las otras oraciones, de manera que el vaquero no siguiera rezando como solía hacerlo. Pero cuando se fue el sabio, el vaquero se olvidó de todo lo que le habla enseñado y no pudo rezar, ya que no se atrevía a decir lo que acostumbraba a decir a Dios. El sabio tuvo, aquella noche, un sueño y oyó una voz que le decía: Mereces un castigo, ya que me has robado la oración de aquel vaquero que pertenece más que tú al mundo por venir. Inmediatamente el sabio volvió donde estaba el vaquero y le dijo: Perdóname y por favor sigue rezando como solías hacerlo. Y sigue la anécdota: Mira, aquí no había estudio ni ciencia, sino lo que desea el Misericordioso: el corazón<sup>223</sup>.

Para Yehudá, como para Francisco, la oración tiene más importancia que el estudio, es un tesoro inapreciable, la suprema alegría. Tal vez conoció Yehudá la bella definición del español Bahya ibn Paquda, del siglo XI:

El amor es un impulso del alma que, en su esencia, se despegaba hacia Dios para unirse a su luz altísima<sup>224</sup>.

Su vida, como la de Francisco, fue un continuo «despegar» hacia «la gran luz de Dios».

## EL DIOS DE SAN FRANCISCO

Hemos visto múltiples puntos de vista comunes a Francisco y a Yehudá; sin embargo, no se puede silenciar la gran divergencia, la divergencia esencial que les distingue: El centro de la espiritualidad de San Francisco es Cristo. Una aureola de leyendas pretendió hacer del Poverello «otro Cristo». Si hubiera previsto eso, Francisco hubiera gritado de indignación. Cristo es único, no hay otro, ni lo habrá. Ni siquiera, que yo sepa, habla nunca de «imitar» a Cristo. Lo que quiere, y eso sí, con

---

<sup>223</sup> *Sefer Jasidim*.

<sup>224</sup> BAHYA IBN PAQUDA: *Deberes de los corazones*, cap. X.

toda su alma, es seguir a Cristo. A quien quiere imitar, tal vez, es a Juan Bautista, el «heraldo de Cristo», como lo dice Francisco en su vocabulario de trovador. El punto de partida de su concepto de la vida es la adhesión a Cristo, y esta adhesión consistía en conformarse a la disponibilidad completa de Cristo ante su Padre. Tal vez tuvo razón Renan cuando escribió: «De todos los hombres, Francisco de Asís tuvo el sentimiento más vivo de relación filial con el Padre». La relación filial con el Padre era el núcleo, si podemos decirlo así, de la espiritualidad de Cristo. Lo dice el filósofo judío Martín Buber:

El Yo pronunciado por Jesús... es el Yo de la relación incondicional al Padre... a tal punto que él mismo no es más que Hijo y sólo Hijo<sup>225</sup>.

Para Francisco, Dios es el Padre de Jesucristo. Cuando Francisco abrazará la pobreza no será solamente para librarse de los impedimentos de la riqueza, sino ante todo para mejor seguir a Cristo en su pobreza, su humildad, sus sufrimientos, su amor. En el misterio de Dios Padre, Creador, amor, paternidad, misericordia y providencia, Francisco encontraba su más íntima relación con Cristo y cuando sus hermanos le pidieron:

Enséñanos a rezar, les respondió: Cuando oréis decid: «Padre nuestro»<sup>226</sup>.

Cristo había conducido a Francisco hacia el Padre; y en el Padre, Francisco vio hermanada toda la Creación. Su alma se hundió entonces con incontenible alegría en la gran sinfonía que entona la estrella del cielo como el gusano de la tierra. Y brotó de su corazón, el himno más bello desde los Evangelios en honor a Dios Padre que creó el mundo y lo conserva: el «Cántico de las Criaturas»<sup>227</sup>.

---

<sup>225</sup> MARTÍN BUBER: *Yo y Tú*.

<sup>226</sup> *San Francisco de Asís*, p. 169.

<sup>227</sup> *Ibidem*.